

La paz del Hogar

Honorato de Balzac

Dedicada a mi querida sobrina

Valentina Surville

LA aventura narrada en esta historia tuvo lugar hacia el año de 1809, en aquella época en que el fugaz imperio de Napoleón llegaba al brillante apogeo de su gloria. Los clarines de la gran victoria de Wagram resonaban aun en el corazón de la monarquía austriaca. Habíase firmado un tratado de paz entre Francia y los Aliados. Semejantes á astros que verifican sus revoluciones, reyes y príncipes se agruparon en torno de Napoleón, quien se complacía en uncir la Europa á su carro, como una especie de ensayo del magnífico poder que desplegó más tarde en Dresde.

Á guiarnos por el dicho de los contemporáneos, Paris no presencié nunca fiestas más hermosas que las que precedieron y siguieron al matrimonio de Napoleón con la archiduquesa de Austria. Ni aun en los días más brillantes de la monarquía acudieron tantos reyes y príncipes á las orillas del Sena, ni jamás la aristocracia francesa gozó de mayores riquezas ni esplendidez. Los diamantes esparramados con profusión sobre los atavíos, y los bordados de oro y plata de los uniformes formaban tan singular contraste con la sencillez republicana, que parecía como si las riquezas del mundo entero se hubiesen amontonado en los salones de Paris. Una embriaguez general se había apoderado de este efímero imperio. Los militares, sin excluir al mismo Emperador, gozaban como advenedizos los tesoros conquistados con la sangre de un millón de soldados adornados con la sencilla charretera de lana, y cuyas exigencias se habían satisfecho hasta entonces con algunas pocas varas de cinta encarnada. La mayor parte de las mujeres señalaban ya en esta época aquel bienestar de costumbres y aquel relajamiento moral que caracterizaron el reinado de Luis XV.

Ya fuese por imitar el tono de la desmoronada monarquía, ya por adoptar el ejemplo dado por la familia imperial, como lo pretendían los maldicientes del arrabal de Saint-Germain, es el caso que hombres y mujeres, sin excepción, se entregaban al placer con un entusiasmo desencadenado que parecía anunciar el fin de los siglos.

No era esta la sola causa de la licencia. La simpatía que los militares despertaron en las mujeres equivalía á un frenesí que corría parejas con las miras de Napoleón lo sobrado para que éste tratase de refrenarlos. Los hechos de armas, grandiosos y

repetidos, hacían que los grandes tratados entre la Europa y Napoleón pareciesen como cortos armisticios, exponiendo de este modo á las pasiones á desenlaces rápidos como las resoluciones de aquel caudillo supremo de tantos cascos, dolmanes y cordones que tanto agradaban al bello sexo. Esto hacia que entonces los corazones fueran nómadas, como eran nómadas los regimientos. Amante, esposa, madre, viuda: He aquí la rápida y triste carrera que podía recorrer una mujer en el breve espacio de la publicación del primero al quinto boletín del Grande ejército.

Y, ¿no podían tal vez hacer tan seductores á los militares, las perspectivas de una viudez próxima, ó de una pensión, ó la esperanza de llevar un nombre heroico consagrado á la historia? Ó, ¿sería acaso el móvil de este ardor el que las mujeres tuviesen la certeza de enterrar el secreto de sus pasiones en el campo de batalla, ó bien era el valor, que tantas simpatías tiene entre ellas, la causa de este amoroso fanatismo? Todo ello entraría en aquella atracción que las mujeres sentían hacia el amor, y, sin duda que el historiador de las costumbres del imperio tendrá en cuenta tales razones. ¿Cuántas faltas no cubrían entonces los laureles? Es preciso reconocer que las mujeres buscaban ávidamente á estos aventureros que les proporcionaban honores, riquezas y placeres, hasta tal punto que, á los ojos de las jóvenes, la charretera significaba á un tiempo la felicidad y la libertad. Todo cuanto resplandecía era objeto de una pasión; rasgo que caracteriza á una época sin igual en la historia. Jamás se dispararon más fuegos artificiales, ni los diamantes llegaron á tan subido precio. Hombres y mujeres se adornaban, con avidez con estas pulidas piedras que llegaron á adquirir semejante realce por la facilidad con que podía trasportarlas un ejército siempre en marcha. Y entonces un hombre no hacia el ridículo como hoy día, por llevar la pechera de la camisa ó los dedos cubiertos con magníficos diamantes. Murat, hombre de gustos fastuosos, era para el ejército un ejemplo del lujo más refinado.

El conde de Gondreville, conocido en otro tiempo bajo el nombre de el ciudadano Malin, célebre por su rapto, convertido entonces en un Lúculo de ese senado conservador que no conservó cosa alguna, retardaba tan solo su fiesta en honor de la paz para hacer mejor la corte á Napoleón esforzándose en eclipsar á los aduladores que habían informado al Emperador en contra suya. Los embajadores de cuantas potencias eran amigas de Francia (aunque á beneficio de inventario) las personas más ilustres del imperio, y aun algunos príncipes, discurrían en el momento á que nos referimos por los salones del opulento senador. El baile languidecía porque se esperaba con ansia al Emperador, cuya presencia había prometido el conde. Y Napoleón hubiera cumplido su promesa á no ser por la escena ocurrida aquella misma noche entre su esposa Josefina y él, escena que hubiera bastado á un ojo perspicaz para vislumbrar un divorcio no muy lejano entre los dos augustos esposos. La nueva de semejante aventura, que permaneció por entonces muy secreta, pero que no ha podido ocultarse á la historia, no llegó á oídos de los cortesanos ni tuvo otro resultado que la ausencia de Napoleón de la fiesta del conde de Gondreville.

Las más hermosas mujeres de Paris, afanosas por acudir á aquel lugar, confiadas en la buena fe de un «dicese», ostentaron toda la magnificencia del lujo, de la coquetería, del atavío y de la belleza. Hasta la gente de negocios, orgullosa con la posesión de sus riquezas, desafiaba á esa brillante pléyade de generales y de grandes oficiales del imperio recientemente cubiertos de cruces, títulos y condecoraciones. Estos grandes bailes eran para las familias más acaudaladas como ocasiones escogidas para presentar sus herederas ante los pretorianos del Emperador, con la insensata esperanza

de trocar sus soberbios dotes por un favor incierto. Cuantas mujeres tenían confianza en la fuerza de su sola belleza, acudían á poner á prueba su poder. El placer era una máscara allí como en todas partes. Los rostros serenos y sonrientes, las frentes tranquilas, encubrían odiosos proyectos; los testimonios de amistad eran mentidos hasta el punto de que más de un personaje desconfiaba menos de sus enemigos que de sus amigos. Todas cuantas observaciones hemos hecho hasta aquí, han sido necesarias para explicar los acaecimientos del embrollo que motiva esta escena, y la pintura poco recargada del tono que reinaba entonces en los salones de Paris.

—Volved un poco los ojos en dirección de aquella rota columna, que sustenta un candelabro hacia al rincón, á la izquierda, ¿no divisáis á una mujer joven, peinada á lo chino? Ostenta campanillas azules sobre sus cabellos castaños que caen graciosamente sobre su frente; está tan pálida que se creería que sufre; es graciosa y pequeña. Ahora vuelve la cabeza hacia nosotros; sus azules ojos, dulces hasta el extremo, parecen formados expresamente para el llanto. En este momento, se inclina para mirar á la señora de Vaudremont entre ese dédalo de cabezas en continuo movimiento, cuyas altos peinados le interceptan la vista.

—Ah! sí, ahora caigo en ella, amigo mío. Si me la hubieses descrito como la más blanca de cuantas mujeres hay en la reunión, la hubiera hallado al momento; tiene el más hermoso matiz que he admirado en toda mi vida. Te desafío á que desde aquí distingas sobre su cuello las perlas que separan los zafiros de su collar. Pero ó es mujer muy púdica ó muy coqueta, porque á duras penas los pliegues de su corpiño permiten entrever la belleza de sus contornos. Qué espaldas! parecen de la blancura del lirio!

—Quién es? preguntó el que había hablado primero.

—Quién? —Lo ignoro completamente.

—Aristócrata! Con qué queréis reserváros las todas para vos, Moncornet.

—¡Pues á fe que te pega muy bien el reprenderme! repuso Moncornet sonriendo. Ya se ve! Como eres un digno rival de Soulanges y no ejecutas una sola pirueta que no alarme á la señora de Vaudremont, te crees ya con perfecto derecho para insultar á un pobre general como yo. Calle! quizás sea porque he retardado un mes mi venida á la tierra de promisión. Y sois vosotros; ¿vosotros los administradores que os estáis bien empoltronados en vuestros asientos oficiales, mientras nosotros les vemos las caras á los obuses? Vaya, caballero Consejero de Estado, dejadnos espigar el campo, cuya precaria situación queda en vuestras manos tan luego como le abandonamos nosotros. Y qué diablos! que viva todo el mundo! Si conocieses á las alemanas, amigo mío, me prestarías un excelente servicio para con tu querida parisien.

—Puesto que os habéis dignado fijar vuestra atención en esa mujer que diviso aquí por vez primera en mi vida, decidme, general ¿la habéis visto mientras bailaba?

De dónde sales ahora, mi querido Marcial? Si te mandaran de embajador, malas embajadas te auguro. Mira aquellos tres órdenes de resueltas coquetas de Paris, entre un enjambre de bailadores que zumba á su alrededor, y sin ayuda de tu lente, la descubrirás en el ángulo de esta columna, sepultada, en la oscuridad, á pesar de las bujías que resplandecen sobre su cabeza. Los diamantes, las centelleantes miradas, las plumas que

ondean, los encajes, las flores que salvan la distancia que nos separa de ella, impiden casi apercibirla. Se necesitaría ser un soberbio bailarín para vislumbrar allí en medio de tantos astros tan hermosa pareja. Pues bien, Marcial, no has adivinado en ella la mujer de algún Subprefecto del Lippe ó del Dyle que viene con la aspiración de elevar á Prefecto á su marido?

—¡Oh! y que indudablemente lo será, añadió vivamente el Consejero de Estado.

—Lo pongo en duda, replicó el coronel de coraceros riéndose, porque me parece tan novicia en las intrigas como lo eres tú en la diplomacia. Te desafío á que ni siquiera sabes por qué se encuentra allí.

El Consejero miró al coronel de coraceros de la guardia con un aire en que se leía tanto desdén como curiosidad.

—Pues bien, continuó Moncornet, sin duda ninguna que esa mujer habrá comparecido aquí á las nueve, y si á mano viene la primera de todas, y probablemente habrá hecho un flaco servicio á la condesa de Gondreville que no sabe hilvanar ni dos ideas. Ya me la tienes mal recibida por la señora de la casa, y arrojada de silla en silla por cada recién llegada, hasta parar en las tinieblas de ese rinconcejo, donde yace encerrada, víctima de los celos de tanta dama que no hubiera deseado cosa mejor que enterrar á esa peligrosa belleza. Ni un amigo la habrá animado á saltar esta barrera y solicitar el primer lugar que de derecho la corresponde; antes al contrario, cada cual de estas malévolas danzantes habrá comunicado á su respectivo galán la inapelable orden de no comprometer ni para un baile á la pobrecilla so pena de los más terribles castigos. Y he aquí la historia de como esos rostros, en apariencia tan tiernos y tan cándidos, habrán formado esa terrible coalición contra la desconocida; y nada más; y sin decir otra cosa que: —«¿Quién conoce por aquí á esta señorita del vestido azul?» —Diabólico medio este de matar por el incógnito! Yo te aseguro, mariscal, que si en menos de un cuarto de hora quieres verte agobiado á fuerza de miradas aduladoras y de preguntas provocantes, no tienes más que intentar romper la triple barrera que cerca á la desterrada reina del Dyle, del Dippe ó del Charenta. Atrévete y verás que la más estimada de esas mujeres es capaz de inventar una estratagema propia para contener al hombre más resuelto en la noble empresa de sacar al aire libre nuestra solitaria planta. No te parece que tiene un aire algo elegíaco?

—Lo creéis así, Montcornet? Pues entonces será una mujer casada.

—Y por qué no viuda?

—Sería más activa, dijo riendo el Consejero de Estado.

—Quizás sea una viuda cuyo *marido* se dedique al juego, replicó el bien parecido coracero.

—En efecto, desde que se ha hecho la paz, se ven tantas clases de viudas! añadió Marcial. Somos dos necios, querido Moncornet, somos dos necios. Esa cabeza respira aun excesiva ingenuidad, juventud y verdor, sobre todo en la frente y sienes, para que sea la de una mujer formada. Qué vigoroso encarné! Nada hay marchito en su cara. Labios, barba, todo es fresco en ese rostro, como el capullo de una blanca rosa, aunque

velen su fisonomía algunas nubes de tristeza. ¿Quién puede hacer llorar á semejante mujer?

—Pero si las mujeres lloran por tan poco... dijo el coronel.

—Apostaría, dijo Marcial, á que no la entristece el verse desterrada y sin danzar; su pena trae cola; se ve que ha preparado su belleza por la meditación para esta noche. Positivamente esa mujer ama ya.

—Qué va a que es hija de algún principillo de Alemania? cómo no la habla nadie! dijo Montcornet.

—Qué desgraciada es esa pobre mujer, replicó Marcial, y eso que ninguna tiene ni mayor gracia ni mayor delicadeza que nuestra desconocida. Sin embargo, ninguna de esas arpías que la rodean y que hacen alarde de sensibilidad será capaz de dirigirle la palabra. Si hablase podríamos verla belleza de sus dientes.

—Ah! con que también te subes tú como la leche á la menor elevación de temperatura? exclamó el coronel algo contrariado por hallar tan pronto un rival en su amigo.

—De manera, dijo el consejero de Estado, sin hacerse cargo de la pregunta del general y dirigiendo su lente sobre cuantos le rodeaban, de manera que nadie podrá dar más noticia de esta planta exótica? Será alguna dama de estrado, le dijo Moncornet.

—Bravo! una dama de estrado ataviada con zafiros y con un traje de muselinas dignas de una reina? Á otro con esas, general. No seréis muy hábil en el arte de la diplomacia si en nuestras apreciaciones pasáis tan repentinamente de la princesa alemana á la dama de estrado.

El general Moncornet cogió entonces por el brazo á un hombre pequeño y gordo cuyos cabellos entrecanos y ojos vivos se divisaban en todas las dinteles de las puertas, y que se mezclaba sin más requisito en distintos grupos donde se le acogía respetuosamente.

—Querido amigo Gondreville, le dijo Moncornet, sepamos por fin quién es esa mujer encantadora, sentada al pié de aquel inmenso candelabro?

El candelabro? Ravrio, amigo mío; Ysabey ha dado el dibujo.

—Sí, sí, conozco perfectamente tu gusto y tu fausto en el moblaje, pero... la mujer..?

—La mujer? tengo yo obligación de conocerla? será sin duda alguna amiga de la mía.

—Ó tu querida, viejo marrullero.

—Te doy palabra de que no. La condesa de Gondreville es la única mujer capaz de invitar á personas que nadie conozca.

Á pesar de esta observación llena de hiel, nuestro hombre gordo conservó en sus labios la sonrisa de satisfacción interna que había hecho nacer en él la suposición del coronel de coraceros. Éste se reunió en un grupo no lejano al maestro de ceremonias, atareado en buscar, aunque en vano, informes acerca de la desconocida, le cogió por el brazo y en voz baja, le dijo: —Mi querido Marcial, ándale con mucho cuidado! Observo que hace algunos instantes que la señora de Vaudremont le mira con una gran insistencia, y es capaz de adivinar lo que vas á decirme con solo ver el movimiento de tus labios; nuestras miradas han sido ya significativas en extremo, las ha apercibido, ha seguido su dirección, y la creo actualmente más ocupada que nosotros mismos en la señorita del vestido azul.

—Estratagema muy antigua es esa en la guerra, querido Moncornet! pero ¿qué me importa? En eso me porto como nuestro Emperador; cuando hago alguna conquista me la conservo.

—Marcial, tú andas buscando alguien que dé una lección á tu fatuidad. Cómo! Tienes la dicha de ser el presunto marido de madame de Vaudremont, de una viuda de veinte y dos años, con cuatro mil napoleones de renta, de una mujer que pone en tus dedos diamantes tan hermosos como éste, añadió tomando la mano izquierda del Consejero de Estado que se la entregó con complacencia, y tienes aun la pretensión de hacerte el Lovelace, como si fueras un coronel obligado á mantener en las guarniciones tu reputación militar? Vaya! Reflexiona todo cuanto puedes perder.

—Á lo menos no perderé mi libertad, replicó Marcial con forzada risa; y dirigió una apasionada mirada á madame de Vaudremont que solo respondió á ella por una sonrisa llena de ingratitud, pues había visto al Coronel examinando la sortija del Consejero de Estado.

—Escucha, Marcial, añadió el coronel; si revoloteas en derredor de mi joven desconocida, emprenderé la conquista de madame de Vaudremont.

—Consentido, querido coracero, pero no conseguiréis ni esto, dijo el joven Consejero de Estado, hiriendo con la hermosa uña de su pulgar uno de los dientes superiores, del que arrancó un sonido desagradable.

—Piensa que soy soltero, replicó el coronel; que mi espada es mi fortuna, y que desafiarme así, equivale á Sentar á Tántalo ante el festín que devorará.

—¡Prrr!

Esta áspera acumulación de consonantes sirvió de respuesta á la provocación del general, á quien su amigo midió de arriba abajo con la vista, antes de separarse de él.

La moda de la época obligaba entonces á los hombres á llevar al baile un calzón de casimir blanco y medias de seda. Este precioso traje realzaba la perfección de formas de Moncornet, que tenia entonces treinta y cinco años y que atraía las miradas por aquella elevada talla exigida a los coraceros de la Guardia Imperial, cuyo hermoso uniforme realzaba aun su garbo, todavía joven, á pesar de la gordura que debía á la equitación. Sus negros bigotes daban á su franca expresión el aspecto de un rostro verdaderamente militar, de larga y expresiva frente, nariz aguileña y labios encendidos.

Los modales de Moncornet, dotados de cierta nobleza debida al hábito del mando, podían agradar á una mujer que tuviera el buen sentido de no querer hacer de su marido un esclavo. El coronel sonrió contemplando al Consejero de Estado, uno de sus mejores amigos de Colegio, y cuya pequeña, aunque esbelta estatura, le obligó en respuesta á su burla á mirarle de soslayo, aunque amigablemente.

El barón Marcial de la Roche-Hugon, era un joven provenzal á quien Napoleón protegía, y que parecía destinado á alguna embajada faustuosa; se había ganado al Emperador por una complacencia italiana, por el genio de intriga, por esa elocuencia de salón y esa ciencia en las maneras que suplen tan fácilmente las eminentes cualidades de un hombre grave. Aunque vivo de carácter y joven, su fisonomía poseía ya el resplandor inmóvil del hierro blanco, otra de las cualidades indispensables á los diplomáticos y que les permite ocultar sus emociones y fingir sus sentimientos, si es que esta cualidad no anuncia ya en ellos la ausencia de toda emoción y la muerte de todo sentimiento.

El corazón del diplomático puede considerarse como un problema insoluble, porque los tres embajadores más ilustres de la época se han señalado por la persistencia en el odio y los afectos novelescos. Sin embargo, Marcial pertenecía á esa clase de hombres capaces de calcular su porvenir en medio de sus más ardientes goces; tenia ya mundo y ocultaba su ambición bajo la fatuidad de un hombre de buenas cualidades, y su talento bajo la librea de la medianía, después de haber notado la rapidez con que se elevaban las personas que hacían poca sombra al maestro.

Obligados á despedirse, los dos amigos se dieron un fuerte apretón de manos.

En aquel momento, el ritornelo que advertía á las damas la formación de los cuadros para una nueva contradanza, echó á los hombres del vasto espacio del centro del salón en donde hablaban. Esta rápida conversación, sostenida en el intervalo que separa siempre las contradanzas, tuvo lugar ante la chimenea del gran salón del palacio de Gondreville, las preguntas y respuestas de esa *charlatanería*, bastante común en el baile, habían sido como murmurados al oído de su vecino por cada uno de los dos interlocutores. Sin embargo, los candelabros y las llamas de la chimenea derramaban tan abundante luz sobre entrambos amigos, que sus fisonomías, fuertemente iluminadas, no pudieron ocultar, á pesar de su diplomática discreción, la imperceptible expresión de sus sentimientos ni á la sagaz condesa ni á la cándida desconocida. Este espionaje del pensamiento es quizás uno de los placeres que hallan en el mundo los ociosos, mientras tantos mentecatos engañados, se enojan de él sin atreverse á reconocerlo.

Para hacerse cargo del interés de semejante conversación, es necesario contar un suceso que, por medio de invisibles lazos, había de reunir pronto á los personajes de este corto drama, desparramados en aquel entonces por el salón. Como á eso de las once de la noche, y en el preciso momento en que las parejas volvían á ocupar sus asientos, la mujer más hermosa de Paris, el tipo de la moda, la única que faltaba á tan espléndida fiesta, verificó su aparición en los salones de la casa de Gondreville. Esta mujer tenia por costumbre no comparecer en los salones hasta el instante en que el movimiento animado ha hecho perder á las demás mujeres la frescura de sus rostros y la elegancia de sus *toilettes*, momento rápido que es como la primavera de un baile, pero que ella sabia adivinar. Transcurrida una hora, cuando ha pasado el placer y aparece la fatiga, todo se marchita ó se aja. La señora de Vaudremont jamás cometía la imprudencia de esperar

hasta el final de una fiesta, dando lugar á mostrar sus flores colgando, sus cabellos desrizados, ajados sus atavíos , y asemejándose á esas imágenes de una mujer acometida y vencida por el sueño. Pensaba demasiado en sus rivales para dejarse sorprender como una belleza dormida, y sostenía siempre su reputación por la habilidad en retirarse de un baile, tan brillante como había entrado en él. Las mujeres se contaban al oído, como una especie de confianza producida por la envidia, que aquella mujer preparaba y mudaba tantos rostros como bailes tenia una velada; pero en esta ocasión no dependía de su voluntad el escoger el momento de abandonar el salón donde penetró triunfalmente. Se detuvo en el dintel de la puerta, y una mirada rápida y segura dirigida sobre las mujeres le bastó para estudiar sus *toilettes* y convencerse de que quedarían eclipsadas por la suya. La célebre coqueta se ofreció á la admiración de aquel concurso conducida por uno de los más valientes coroneles de la artillería de la guardia, favorito del Emperador, el conde de Soulanges. La unión momentánea y fortuita de estos dos personajes, tuvo sin duda algo de misterioso.

Al oír anunciar desde luego á monsieur de Soulanges y á la condesa de Vandremont, algunas mujeres colocadas tras los cortinajes, se levantaron, y hombres llegados de los salones contiguos se adelantaron á las puertas del salón principal. Uno de esos chuscos que jamás faltan en las reuniones numerosas, dijo al ver entrar á la condesa y á su caballero, «que las damas tenían tanta curiosidad en contemplar á un hombre fiel á su pasión, como los hombres en ver á una mujer hermosa difícil en fijarla.» Aunque el conde de Soulanges, joven de unos treinta y dos años, se hallase dotado de ese temperamento nervioso que engendra en el hombre las grandes cualidades, sus formas delgadas y su tinte pálido predisponían poco en su favor; sus ojos negros acusaban gran vivacidad, pero en sociedad era taciturno y nada revelaba en él á uno de esos talentos oratorios que debían brillar más tarde en la derecha de las asambleas legislativas de la Restauración.

La condesa de Vaudremont, mujerona ligeramente obesa, de cutis de deslumbrante blancura, que sostenía con gracia su cabeza pequeña y que poseía la inmensa ventaja de atraerse el amor por la gallardía de sus maneras, era una de esas mujeres que responden á todo lo que promete su belleza. Esta pareja, que fue por algún tiempo el blanco de la atención general, no dejó que la curiosidad se excitase largo tiempo á su expensas. El coronel y la condesa parecieron comprender perfectamente que la casualidad los acababa de poner en una situación enojosa para ambos.

Al verlos avanzar, Marcial se apresuró hacia el grupo de hombres que ocupaba el lugar de la chimenea, para observar, á través de las cabezas que le formaban como una especie de muralla, á madame de Vaudremont, con la atención celosa que da el primer fuego de una pasión: parecía que una voz secreta le dijese que el éxito de que se enorgullecía era un tanto precario; pero la sonrisa de fría urbanidad con que la condesa dio las gracias á monsieur de Soulanges, y el saludo que le dirigió para despedirle, al sentarse cerca de madame de Gondreviile, dilataron los músculos de su fisonomía que los celos habían contraído.

No obstante, al aperebir de pié y á dos pasos del canapé en que estaba madame de Vaudremont, á Soulanges que pareció no haber comprendido la mirada con que la joven coqueta le dio á entender que ambos representaban un papel ridículo, el Provenzal de volcánica cabeza, frunció de nuevo las negras cejas que sombreaban sus ojos azules, acarició por pasatiempo los bucles de sus cabellos castaños, y sin revelar la emoción

que hacia palpar su corazón, vigiló la continencia de la condesa y de monsieur de Soulanges, al tiempo que charlaba con sus vecinos. Entonces, asió la mano del coronel que acababa de trabar con él nueva conversación, pero tan preocupado estaba que le escuchó sin comprenderle.

Soulanges lanzaba miradas tranquilas sobre la cuádruple hilera de mujeres que encuadraban el inmenso salón del senador, admirando aquella profusión de diamantes, de rubíes, de gavillas de oro y de adornadas cabezas, cuyo brillo casi hacia palidecer las luces de las bujías, el cristal de las arañas y los dorados.

La calma descuidada de su rival hizo perder su continencia al Consejero de Estado. Incapaz de dominar la secreta impaciencia que le arrastraba, Marcial se dirigió á madame de Vaudremont para saludarte. Un grave silencio reinó en el salón donde la curiosidad llegó á su colmo. Las cabezas extendidas ofrecían las más extrañas expresiones; cada cual temía y esperaba uno de esos escándalos que las personas bien educadas se guardan siempre de dar. De pronto la pálida fisonomía del conde se enrojeció como la escarlata de sus adornos, y sus miradas se bajaron al mismo tiempo hacia el pavimento, para no descubrir el motivo de su turbación. Al ver á la desconocida humildemente sentada al pié del candelabro, pasó con aire triste por delante del Consejero de Estado y se refugió en una de las salas de juego. Marcial y el concurso creyeron que Soulanges le cedía públicamente su lugar por temor al ridículo que acompaña siempre á los amantes destronados. El Consejero de Estado levantó orgullosamente la cabeza, miró á la desconocida, y cuando por fin se sentó satisfecho al lado de madame de Vaudremont, la escuchó con un aire tan distraído que apenas las entendió, estas palabras que la coqueta pronunció al amparo de su abanico: —Marcial, me haríais un favor en no llevar esta noche la sortija que me habéis arrancado. Tengo mis razones para ello, y os las explicaré en un momento cuando nos retiremos. Me daréis el brazo para ir á casa de la marquesa de Wagran.

—¿Y por qué habéis aceptado el brazo del coronel? preguntó el barón.

—Le he encontrado en el peristilo, respondió; pero dejadme, todos nos observan.

Marcial se reunió al coronel de coraceros. La dama azul fue, desde entonces el lazo común de la inquietud que á la vez y tan duramente agitaba al coracero, á Soulanges, á Marcial y á la condesa de Vaudremont.

Cuando ambos amigos se separaron después de haberse calmado el despecho quo terminó su conversación, el Consejero de Estado se dirigió hacia madame de Vaudremont y supo colocarla en el centro del más brillante cuadro. Á favor de esta especie de borrachera en que sumergen á toda mujer la danza y el movimiento del baile, (donde los hombres se muestran con el charlatanismo de tocador que no les da menores atractivos de los que presta á las mujeres) creyó Marcial poderse abandonar impunemente al encanto que le arrastraba hacia la desconocida; pero si logró ocultar de la inquieta actividad de los ojos de la condesa las primeras miradas que dirigió á la dama azul, bien pronto fue sorprendido en flagrante delito, y si pudo excusar una primera preocupación, no pudo justificar el impertinente silencio con que respondió más tarde á la más seductora de las preguntas que una mujer pueda dirigir á un hombre: —Me amáis esta noche?

Cuanto más soñador se mostraba él, tanto más apremiante é inquieta se mostraba la condesa. En tanto que bailaba Marcial, el coronel iba de grupo en grupo, inquiriendo informes sobre la joven desconocida, hasta que por fin, después de haber agotado la complacencia de todos, hasta la de los indiferentes, se determinaba á aprovechar un momento en que la condesa de Gondreville se encontraba libre para preguntarla el nombre de la misteriosa dama, cuando apercibió un pequeño vacío entre la columna rota que sostenía el candelabro y los dos divanes que iban á apoyarse en ella. El coronel aprovechó el momento en que el baile dejaba desocupadas una gran porción de sillas que formaban varias filas de fortificaciones defendidas por madres y mujeres de cierta edad, y acometió la empresa de atravesar esta empalizada cubierta de chales y de pañuelos. Se puso á cumplimentar á las viudas; y luego, de mujer en mujer, y de cortesía en cortesía, acabó por alcanzar el lugar desocupado, cerca de la desconocida. Con peligro de romper los grifos de la inmensa lumbrera, se mantuvo allí bajo el fuego y la cera de las bujías, con gran disgusto de Marcial. Demasiado sagaz para interpelar bruscamente á la dama azul que á su derecha tenia, el coronel empezó por decir á una gran señora bastante fea que se encontraba á su izquierda: —He aquí, señora, un hermoso baile. ¡Qué lujo! ¡Qué movimiento! ¡Por mi fe que aquí son hermosas todas las mujeres! Si vos no bailáis será por alguna mala voluntad.

Esta insípida conversación suscitada por el coronel tenia por objeto hacer hablar á su vecina de la derecha, que silenciosa y preocupada no le prestaba la más mínima atención. El oficial tenia de refresco una multitud de frases que debían terminarse por un: —¿Y vos, señora? —en que él confiaba mucho; pero se vio entrañablemente sorprendido al apercibir algunas lágrimas en los ojos de la desconocida, á quien madame de Vaudremont parecía cautivar por completo.

—La Señora, ¿será casada, sin duda? Preguntó por fin el coronel Moncornet.

—Sí, caballero, respondió la desconocida.

—Vuestro marido estará probablemente aquí?

—Sí, caballero.

—Y entonces, señora, por qué estáis en este sitio? quizá por coquetería?

La afligida sonrió tristemente.

—Concededme el honor, señora, de ser vuestro caballero para la contradanza siguiente, y de seguro que no os volveréis aquí. Veo cerca de la chimenea un lugar vacío; venid. Cuando tantas gentes se preparan á reinar, y la locura, del día es la dignidad real, no concibo que rehuséis acoplar el título de reina del baile, que parece prometido á vuestra hermosura.

—Caballero, no bailaré.

La entonación breve de las respuestas de esta mujer era tan desesperadora que el coronel se vio obligado á abandonar el sitio. Marcial que adivinó la última demanda del coronel y la negativa que había experimentado, se echó á reír y se tocó la barba haciendo brillar el anillo que tenia en el dedo.

—¿De qué reís? le preguntó la condesa de Vaudremont.

—Del mal éxito de ese pobre coronel, que acaba de dar un paso de sacristán.....

—Os había pedido que os quitaseis el anillo, repuso la condesa interrumpiéndole.

—No lo he oído.

—Si no oís nada esta noche, en cambio sabéis verlo todo señor barón, respondió la condesa de Vaudremont, en tono un poco picado.

—Ved allí un joven que enseña un hermosísimo brillante, dijo entonces la desconocida al coronel.

—Magnífico, respondió éste. Ese joven es el barón Marcial de la Roche-Hogon, uno de mis más íntimos amigos.

—Os agradezco que me hayáis dicho su nombre, repuso; parece muy amable.

—Sí, pero es un poco ligero.

—Se podría creer que está bien con la condesa de Vaudremont? preguntó la joven, interrogando con los ojos al coronel.

—La condesa está siempre mejor con el ultimo.

La desconocida, palideció.

—Yo creía á madame de Vaudremont enredada hace tiempo con el señor de Soulanges, repuso la joven un poco repuesta del sufrimiento interior que alteraba su rostro.

—Hace ocho días que la condesa le está engañando, respondió el coronel. Pero vos habéis debido ver á ese pobre Soulanges á su entrada; aun se esfuerza en no creer en su desgracia.

—Le he visto, dijo la dama azul. después añadió un: —Gracias, caballero,— cuyo tono equivalía á una despedida.

En este momento, y estando próxima á acabarse la contradanza, el coronel, desanimado, solo tuvo tiempo para retirarse diciéndose á manera de consuelo: —Es casada.

—Pues bien! valiente coracero, exclamó el barón conduciendo al coronel á la embrazadura de una encrucijada para respirar el aire puro de los jardines; ¿qué es lo que habéis conseguido?

—Está casada, mi querido amigo.

—Y eso ¿qué importa?

—¡Ah diantre! yo soy moral, respondió el coronel, y no me quiero dirigir más que á mujeres con quienes pueda casarme. Por otra parte, Marcial, me ha manifestado formalmente que no quería bailar.

—Coronel, apostemos vuestro caballo gris manchado contra cien napoleones á que bailará esta noche conmigo?

—Con mucho gusto! dijo el coronel golpeando la mano del presuntuoso. Mientras tanto, quiero ver á Soulanges; puede ser que conozca á esta señora que me ha parecido interesarse por él.

—Valiente, habéis perdido, dijo Marcial riéndose; mis ojos se han encontrado con los suyos... y yo me entiendo. Querido coronel, no me impediréis que baile con ella después de la negativa que os habéis llevado?

—¡No, no! Vuestra alma con vuestra alma! Pero, Marcial, soy buen jugador y buen enemigo; te prevengo que le gustan los diamantes.

Á este punto, los dos amigos se separaron. El general Moncornet se dirigió al salón de juego, donde distinguió al conde de Soulanges sentado á una mesa en que se jugaba á cantas. Aunque entre los dos coroneles no existía más que esa amistad banal creada por los peligros de la guerra y los deberes del servicio, el coronel de coraceros se afectó dolorosamente de ver al coronel de artillería, á quien tenia por hombre prudente, metido en una empresa en que podía arruinarse. Los montones de oro y billetes extendidos sobre el fatal tapete atestiguaban el ardor del juego. Un círculo de hombres silenciosos rodeaba á los jugadores entablados. De cuando en cuando resonaban algunas palabras como: Paso; juego; apuesto; mil luises; apostados; mas al observar á estos cinco personajes inmóviles, parecía que no hablasen más que con los ojos. Cuando el coronel, espantado de la palidez de Soulanges, se le acercó, el conde ganaba. El mariscal duque de Isemberg, Keller, un banquero célebre, se levantaban habiendo perdido sumas considerables. Soulanges se puso aun más sombrío al recoger una masa de oro y de billetes que ni siquiera contó, y contrajo los labios con amargo desdén como si amenazase á la fortuna en vez de agradecerla sus favores.

—¡Ánimo, Soulanges, ánimo! le dijo el coronel: luego creyendo hacerle un señalado favor, sacándole del juego:—Venid, añadió, tengo que daros una buena noticia, pero con una condición.

—¿Cuál? preguntó Soulanges.

—La de responderme á lo que os pregunte.

El conde de Soulanges se levantó bruscamente, metió sus ganancias con aire muy descuidado en un pañuelo que había estrujado convulsivamente, y tomó un aspecto tan feroz, que todos los jugadores pensaron que podría representar muy bien á *Carlomagno*. Hasta los rostros de los allí presentes parecieron dilatarse cuando aquella cabeza desagradable y apesadumbrada desapareció del círculo luminoso que describe sobre una mesa la llama de una lámpara.

—Estos diablos de militares lo entienden como ladrones en feria, dijo en voz baja un diplomático de la galería, ocupando el sitio del coronel.

Una sola figura pálida y fatigada se volvió hacia el jugador entrante, y lanzándose una mirada que brilló, mas se apagó como el fuego de un diamante, le dijo: —Quien dice militar no dice civil, caballero ministro.

—Querido amigo, dijo Moncornet á Soulanges, llevándole hacia un rincón, el Emperador me ha hablado de vos con elogio esta mañana, y no es dudosa vuestra promoción al mariscalato.

—Al patrón no le gusta la artillería.

—Cierto, pero adora la nobleza y vos sois noble! El patrón, continuó Moncornet, ha dicho que cuantos se casaron en Paris durante la campaña, no debían considerarse desgraciados. Pues iba á deciros.....

El conde de Soulanges parecía no comprender palabra alguna de este discurso.

—Ah! ya caigo! Espero, continuó el coronel, que me digáis si conocéis una encantadora mujer, pequeña que está sentada al pié del candelabro.....

Á estas palabras, los ojos del conde se animaron, cogió con inusitada violencia la mano del coronel y con voz sensiblemente alterada le dijo: —Mi querido general, si otro que vos me hubiese dirigido esa pregunta, con esta masa de oro le hubiera hundido el cráneo. Dejadme, os lo suplico. Esta noche tengo más ganas que nunca de abrazarme los sesos. Aborrezco cuanto veo! voy á marcharme. Esta alegría, esta música, esos rostros estúpidos que sonríen, me asesinan.

—Pobre amigo mío, continuó Moncornet con voz dulce, golpeando amistosamente la mano de Soulanges, estáis apasionado; que diríais si os hiciese saber que Marcial piensa ya tan poco en madame de Vaudremont que se ha enamorado de esa pequeña dama!

—Si la habla, exclamó Soulanges tartamudeando de furor, lo aplanaré lo mismo que su cartera, aun cuando el necio estuviere al lado del Emperador!

Y el conde cayó como abismado en su confidente á donde el coronel le había llevado.

Éste último, apercibiéndose de que Soulanges estaba entregado á una cólera demasiado violenta para que las chanzas de un amigo ó los cuidados de una amistad superficial pudiesen calmarle, se retiró lentamente. Guando el coronel Moncornet entró en el gran salón de baile, la primera persona que se ofreció á sus miradas, fue madame de Vaudremont, en cuyo rostro, ordinariamente tranquilo, apercibió algunas señales de una agitación mal contenida. Al lado de ella estaba desocupada una silla; el coronel fue á sentarse allí.

—Apuesto á que sufrís, la dijo.

—Bagatela, general; quería haberme marchado ya de aquí: He prometido asistir al baile de la gran duquesa de Berg, y debo antes ir á casa de la princesa de Wagram. El caballero de la Roche-Hugon que lo sabe se divierte en echar requiebros á las viudas.

—Á decir verdad, no es ese el motivo de vuestra inquietud, y apuesto cien luises á que os quedareis aquí esta noche.

—Impertinente!

—Luego he dicho la verdad?

—Pues bien, repuso la condesa dando un golpe con el abanico en los dedos del coronel, soy capaz de recompensaros si lo acertáis.

—Presuntuoso!

—Creéis ver á Marcial á los pies de.....

—De quién? preguntó la condesa afectando sorpresa.

—De ese candelabro, respondió el coronel, señalando á la bella desconocida y mirando á la condesa con una atención provocativa.

—Lo habéis adivinado, respondió la coqueta escondiendo la cara detrás del abanico, con el cual se puso a jugar. La señora de Lansac, que sabéis es maligna como un mono viejo (repuso después de un momento de silencio) acaba de decirme que el caballero de la Roche-Hugon corría algún peligro en cortejar á esa desconocida que se encontraba esta noche aquí como una tarasca. Preferiría ver á la muerte antes que á esta cara tan cruelmente bella y tan pálida como una visión: Es mi espíritu maligno. La señora de Lansac, (continuó después de haber dejado escapar un gesto de despecho) que solo va al baile para verlo todo fingiendo una cara de sueño, me ha inquietado cruelmente. Marcial me pagará caro el chasco que me ha dado. Mientras tanto, ya que es vuestro amigo, coronel, exhortadle á que no me aflija.

—Acabo de ver á un hombre que se propone nada menos que romperle la cabeza si se dirige á esa señora: Y cuidado que es hombre de palabra. Pero conozco á Marcial, y los peligros son para él otros tantos alicientes. Hay más aun: Hemos apostado... (aquí el coronel bajó la voz.)

—Será verdad? preguntó la condesa.

—Palabra de honor.

—Gracias, querido coronel, respondió madame de Vaudremont dirigiéndole una mirada llena de coquetería.

—Me haríais el honor de bailar conmigo?

—Sí, pero la segunda contradanza. Durante la actual quiero saber en qué para esta intriga, y saber quién es esta dama azul; tiene un aire espiritual.

Viendo el coronel que madame de Vaudremont quería estar sola, se alejó satisfecho de haber empezado tan bien su ataque.

Se encuentran en las fiestas algunas señoras que, parecidas á la de Lansac, están allí como los viejos marinos ocupados en contemplar desde la orilla del mar á los jóvenes marineros en los azares de la tempestad.

En aquel momento madame de Lansac que parecía interesarse por los personajes de esta escena, pudo adivinar fácilmente la lucha que agitaba á la condesa. La joven coqueta se complacía en abanicarse graciosamente, sonreír á los jóvenes que la saludaban y poner en uso los artificios de que se sirve una mujer para esconder su emoción; pero la viuda de Lansac, una de las más perspicaces y maliciosas duquesas que el siglo diez y ocho haya legado al siglo diez y nueve, sabía leer en su corazón y en su pensamiento. Parecía reconocer los movimientos imperceptibles que manifiestan las afecciones del alma: La más ligera arruga que contraía su blanca y pura frente, el estremecimiento más insensible de las mejillas, el juego de las cejas, la inflexión menos visible de los labios, cuyo movable coral no la podía esconder nada, eran para la duquesa como los caracteres de un libro. Del fondo de la poltrona que su ropa llenaba por completo, la coqueta jubilada, al tiempo que discurría con un diplomático que la buscaba á fin de recoger las anécdotas que tan bien sabía referir, se admiraba á sí misma en la joven coqueta, y se inclinaba hacia ella al ver lo bien, que disimulaba su pena y el martirio de su corazón.

Mme. de Vaudremont sentía en efecto tanto dolor cuanto alegría fingía; había creído encontrar en Marcial un hombre de talento con cuyo apoyo contaba para embellecer su vida con todos los encantos del poder, y en aquel momento reconocía un error tan cruel para su reputación como para su amor propio. En ella, como en otras mujeres de esta época, lo instantáneo de las pasiones aumentaba su vivacidad. Las almas que Vivian mucho y de prisa no sufrían menos que las que se consumían en una sola afección. La predilección de la condesa por Marcial había nacido la víspera, es verdad; pero el más inexperto de los cirujanos sabe que el sufrimiento causado por la amputación de un miembro vivo, es más dolorosa que la de un miembro enfermo. Madame de Vandremont veía como si dijéramos su porvenir en el amor de Marcial, mientras que su pasión precedente era sin esperanza y envenenada por los remordimientos de Soulanges.

La vieja duquesa, que espiaba el momento oportuno para hablar á la condesa, se apresuró á despedir al embajador; porque en presencia de queridas y de amantes desavenidos, palidece cualquier otro interés, aun en una mujer vieja. Para empezar la lucha, madame de Lansac lanzó sobre madame de Vaudremont una mirada sardónica que hizo temer á la joven coqueta que su suerte estaba en manos de la viuda.

Hay miradas de mujer á mujer que son como las antorchas que salen al fin de una tragedia. Es necesario haber conocido á la duquesa para apreciar el terror que el movimiento de su fisonomía inspiraba á la condesa. La señora de Lansac era alta; sus rasgos hacían exclamar: —He aquí una mujer que ha debido de ser hermosa. —Se coloreaba tanto las mejillas que sus arrugas desaparecían del todo; mas lejos de recibir un brillo prestado por aquel carmín oscuro, sus ojos tenían una ternura mayor. Llevaba una gran cantidad de diamantes, y se vestía con el gusto suficiente para no caer en ridículo: Su nariz puntiaguda anunciaba el epigrama. Una dentadura bien puesta

conservaba en su boca una mueca de ironía que recordaba la de Voltaire. No obstante, la exquisita finura de sus maneras endulzaba tanto el giro malicioso de sus ideas, que no se la podía acusar de malignidad. Los ojos grises de la vieja dama se animaron, y una mirada triunfal, acompañada de una sonrisa, que decía: —Os lo había prometido! — atravesó el salón y esparció el color de la esperanza sobre las mejillas de la joven que gemía al pié del candelabro.

Esta alianza entre la señora de Lansac y la desconocida no podía escaparse á la vista perspicaz de la condesa de Vaudremont que entrevió en ella un misterio, y quiso penetrarlo. En este momento el barón de la Roche-Hugon, después de haber probado de hablar con todas las señoras, sin poder saber el nombre de la dama azul, se dirigió en último recurso á la condesa de Gondreville, que solo le dio esta poco satisfactoria respuesta: —Es una señora que me ha presentado la vieja duquesa de Lansac. —Al volverse casualmente hacia la poltrona ocupada por esta dama, el Consejero de Estado sorprendió la mirada de inteligencia que había dirigido á la desconocida, y por más que hubiese algún tiempo que no corría bien con ella, se determinó á dirigirla la palabra.

—Si la vieja bohemia me mira con ese aire de amistad, pensó el barón, sin duda que va á jugarme una mala pasada.

—Señora, la dijo, me han asegurado que estáis encargada de velar un precioso tesoro!

—Me tomáis por un dragón, preguntó la dama...? Pero ¿de quién habláis? añadió con una dulzura que devolvió la esperanza á Marcial.

—De esa señorita desconocida que los celos de todas esas coquetas ha desterrado allí abajo. Conocéis, sin duda, á su familia.

—Sí, dijo la duquesa; pero qué queréis hacer de una heredera de provincia recién casada; de una joven bien nacida á quien no conocéis, y que no va á parte alguna?

—Por qué no baila? Es tan bella! queréis que hagamos un tratado de paz? Si me enteráis de todo lo me interesa saber, os juro que apoyaré calurosamente ante el Emperador la demanda de restitución de los bosques de Navarreins por el que los posee.

La rama segunda de la casa de Navarreins, acuartelada de Lansac que es de azul, desflorado de plata, flanqueado por seis regatones de lanza también de plata, metidos en sus astas, y la alianza de la vieja dama con Luis XV, habían valido á su esposo el título de duque, con privilegio; pero como los Navarreins aun no habían vuelto á entrar en Francia, el joven Consejero de Estado proponía lisa y llanamente á la de Lansac una infamia, al insinuarle que reclamase unos bienes que pertenecían á la rama primogénita de su casa.

—Caballero, respondió la vieja dama con una gravedad engañadora, traedme á la condesa de Vaudremont, y os prometo revelarla el misterio que tan interesante hace á nuestra desconocida. Todos los hombres del baile están picados de igual grado de curiosidad que vos. Los ojos se dirigen involuntariamente hacia ese candelabro donde mi protegida se ha colocado modestamente, y desde allí receje todos los homenajes que han pretendido arrebatarla. Dichoso aquel á quien tome por pareja en el baile! Aquí se

interrumpió fijando en la condesa de Vaudremont una de esas miradas que dicen claramente: —Hablamos de vos: — después, añadió: — Me figuro que preferiréis saber el nombre de la desconocida de boca de vuestra bella condesa, más bien que de la mía?

La actitud de la duquesa era tan provocante que madame de Vaudremont se levantó, fue á su lado, se sentó en la silla, que la ofreció Marcial, y sin hacer caso de él: —Adivino, señora, la dijo sonriéndose, que habláis de mí; no sé si en bien ó en mal, pero confieso mi inferioridad respecto de vos tanto en mal como en bien.

La señora de Lansac cogió con su vieja, seca y arrugada mano la hermosa mano de la joven, y con un tono de compasión la dijo en voz baja: —¡Pobrecita!

Las dos mujeres se miraron. Madame de Vaudremont comprendió que Marcial estaba de más y le despidió diciéndole con un tono imperioso: —Dejadnos!

El Consejero de Estado, poco satisfecho de ver á la condesa bajo el encanto de la peligrosa sibila que la había atraído, la lanzó una de esas miradas varoniles, poderosas sobre un corazón sumiso, pero que parecen ridículas á la mujer que empieza ya á juzgar á aquel de quien se prendó.

—Tendríais acaso la pretensión de imitar al Emperador? dijo madame de Vaudremont inclinando su cabeza para contemplar con aire irónico al Consejero de Estado.

Marcial poseía bastante trato social, delicadeza y cálculo para exponerse á romper con una mujer tan bien vista en sociedad, y á quien quería casar el Emperador; contó por mucho con los celos que se proponía despertar en ella como medio más seguro de adivinar el secreto de su frialdad, y se alejó tan de buen grado cuanto que en aquel instante una nueva contradanza puso en movimiento á todo el mundo. El barón cedió el lugar a las parejas y fue á apoyarse en el mármol de una consola; cruzó los brazos sobre el pecho, y permaneció preocupado con la conversación de las dos damas, siguiendo de tanto en tanto las miradas que á hurtadillas dirigían ambas á la desconocida. Al comparar entonces á la condesa con esta nueva belleza á quien el misterio daba tanto atractivo, se entregó el barón á los odiosos cálculos habituales á los hombres bien acomodados; flotaba entre atrapar una fortuna y satisfacer un capricho. El reflejo de las luces hacia resaltar tanto sobre los cortinajes de *moiré* blanco su figura cuidadosa y sombría, contrastada por sus negros cabellos, que se le hubiera podido comparar á un genio del mal. De lejos, más de un observador debió sin duda decirse: — He allí un pobre diablo que parece divertirse mucho. —Apoyado ligeramente con su espalda derecha en el marco de la puerta que se hallaba entre la sala de baile y la de juego, el coronel podía reír de *incógnito* bajo sus anchos bigotes; gozaba contemplando el tumulto del baile; veía voltear mil hermosas cabezas á compás de los caprichos de la danza; leía en algunos rostros, tales como el de la condesa y su amigo Marcial, los secretos de su agitación, y volviendo luego la cabeza se preguntaba qué relación existía entre el aire sombrío del conde de Soulanges, siempre sentado en su confidente, y la fisonomía llorosa de la dama desconocida, es cuyo semblante aparecían á intervalos las alegrías de la esperanza y las angustias de un involuntario temor. Moncornet era allí como el rey de la fiesta; hallaba en aquel movable cuadro una vista completa del mundo, y reía al recoger las sonrisas interesadas de cien mujeres brillantes y compuestas; pues un coronel de la guardia imperial, cargo que equivalía al grado de general de brigada,

era en verdad uno de los más ventajosos partidos de entre el ejército. Las conversaciones, el juego, la danza, la coquetería, los intereses, las malicias y los proyectos, todo llegó á aquel grado de animación que arranca á un joven esta exclamación: —Qué bello es el baile!

—Ángel de mi vida, decía madame de Lansac á la condesa, os halláis en una edad en que yo he cometido muchas faltas. Al veros sufrir á la vez con mil muertes, he tenido la intención de daros caritativos consejos. Cometer una falta á los veintidós años ¿qué es sino perder el porvenir? ¿qué es sino desgarrar el vestido que una debe ponerse? Querida mía, aprendemos muy tarde á servirnos de él sin arrugarlo. Continúa, amor mío, procurándoos enemigos diestros y amigos sin sentido práctico, y veréis que graciosa vida os espera.

—Ah! señora, á una mujer le cuesta mucho ser feliz, ¿no es verdad? exclamó vivamente la condesa.

—Querida mía, á vuestra edad, es preciso saber elegir entre el placer y la dicha. queréis casaros con Marcial que ni es bastante necio para ser un buen marido, ni bastante apasionado para ser un amante. Tiene deudas; es capaz de devorar vuestra fortuna; pero eso seria lo de menos si fuera capaz de daros la felicidad. Pero ¿no veis lo viejo que es? Debe haber estado enfermo muy á menudo, y ahora goza de lo que le resta. No hay hombre de aquí á tres años: Se despertará en él la ambición; quizás se salga con la suya, pero no lo creo. ¿Ni quién es él? Un intrigante que puede poseer á las mil maravillas el arte de los negocios y de la charlatanería, pero que está muy pagado de sí mismo para tener un verdadero mérito, y no irá muy lejos.

—Por otra parte, precaveos de él. ¿Pues no leéis en su frente que lo que en este momento ve él en vos, no es una mujer joven y hermosa, sino los dos millones que poseéis? No os ama, querida de mi alma; os calcula como si se tratase de un negocio. Si queréis casaros, elegid un hombre de más edad, que os dé consideración y que esté á la mitad de su carrera. Una viuda no debe hacer de su matrimonio un negocio de amor pasajero. ¿Acaso se coge un ratón dos veces en la misma ratonera? En la actualidad un nuevo contrato matrimonial debe seros como una especulación, y, al volveros á casar, debéis por lo menos tener la esperanza de oiros llamar un día la señora mariscal.

En aquel momento los ojos de ambas mujeres se fijaron instintivamente en la bella figura del coronel Moncornet.

—Si queréis hacer el difícil papel de una coqueta, y no casaros, replicó la duquesa con sencillez, sabréis mejor que otra alguna arremolinar las nubes de la tempestad y disiparlas.

Pero os conjuro á que no tengáis jamás como un placer el burlar la paz de los hogares, destruir la unión de las familias y la felicidad de las mujeres dichosas. Yo he representado ese peligroso papel, querida amiga. Y, ¡oh! Dios mío!, por un triunfo de amor propio se asesinan pobres mujeres muy virtuosas, (porque existen mujeres virtuosas) y una se crea antipatías mortales. Algo tarde he aprendido, que, siguiendo el dicho del duque de Alba, un salmón vale más que mil ranas! Sí, un verdadero amor, proporciona mil veces más goces que las pasiones efímeras que excita. Pues bien, yo he venido aquí á sermonear. Sí; la causa de mi aparición en este salón que desagrade al

pueblo, sois vos. No vengo aquí á ver comediantes! En otro tiempo, querida amiga, se les recibía en su gabinete ¿pero en el salón? Porque me miráis con aire tan maravillado? Escuchad:

—Si queréis burlaros de los hombres, añadió la dama, no derribéis el corazón de aquellos en quienes no se ha detenido la vida; de aquellos que no tienen deberes que cumplir; las demás jamás nos perdonan los desórdenes que les han hecho felices; aprovechaos de esta máxima debida á mi antigua experiencia. Por ejemplo, este pobre Soulanges á quien habéis vuelto el juicio y á quien, desde hace quince meses habéis embriagado, Dios sabe como... pues bien, ¿sabéis sobre quién recaen esos golpes?... Sobre toda su vida entera. Casado ha dos años, vive adorado por una encantadora criatura á quien ama y engaña, mientras ella vive en el llanto y el silencio más amargos. Soulanges ha tenido momentos de remordimientos más crueles que dulces hayan sido sus placeres; y vos, pequeña astuta, vos le habéis empeñado. Pues bien, venid á contemplar vuestra obra. La duquesa tomó por la mano á madame de Vaudremon y ambas se levantaron.

—Vedla, la dijo madame de Lansac, mostrando ante sus ojos á la pálida y temblorosa desconocida; he ahí á mi sobrina la condesa de Soulanges; por fin hoy ha cedido á mis instancias; por fin ha consentido en abandonar el cuarto de dolor donde la vida de su hijo solo la prestaba consuelos harto débiles. ¿La veis? Os parece encantadora? pues bien, juzgad, hermosa amiga, juzgad cuanto más debía serlo cuando la dicha y el amor derramaban su resplandor sobre ese rostro hoy marchito.

La condesa volvió la cabeza silenciosamente, y pareció presa de graves reflexiones. La duquesa la condujo hasta la puerta de la sala de juegos; después, tras de haber lanzado sus miradas como si quisiese buscar allí á alguno, dijo á la joven coqueta con un tono de voz grave: —He allí á Soulanges.

La condesa se estremeció al apercibir en el rincón más oscuro de la sala la pálida y contraída figura de Soulanges, apoyado en el confidente; la relajación de sus miembros y la inmovilidad de su frente manifestaban todo su dolor; los jugadores iban y venían por delante de él, prestándole tan poca atención como si allí no existiese. El cuadro que presentaban la mujer llorosa y el marido triste y sombrío, separados uno de otro en medio de aquella fiesta como dos mitades de un árbol herido por el rayo, tuvo quizás algo de profético para la condesa, que temió ver en él una imagen de las venganzas que la reservaba el porvenir. No estaba su corazón tan lacerado que se hallasen desterrados de él la sensibilidad y la indulgencia; asió la mano de la duquesa, y le dio las gracias por medio de una de esas sonrisas que tienen cierta gracia infantil.

—Mi querida niña, la dijo al oído la anciana señora, pensad, de hoy en adelante, que las mujeres tenemos el poder así de rechazar de nosotras el homenaje de los hombres, como el de atraérnoslo.

—Es vuestro sino sois un mentecato.

Estas últimas palabras fueron soltadas al oído de Moncornet por madame de Lansac en tanto que la bella condesa se entregaba á la compasión que la inspiraba el aspecto de Soulanges, porque, á decir verdad, le amaba aun con sinceridad bastante para

devolverle la dicha, é interiormente se prometía emplear el irresistible poder que sobre él ejercían aun sus seducciones para restituirle á su mujer.

—¡Oh! de qué modo voy á predicarle, dijo la condesa á madame de Lansac.

—¡Todo menos eso! exclamó la duquesa volviendo á ocupar su poltrona; elegid un buen marido y cerrad vuestras puertas á mi sobrino; no le ofrezcáis siquiera vuestra amistad. Creedme, una mujer no recibe de otra el corazón de su esposo; es cien veces más dichosa creyendo que lo ha reconquistado por sí misma. Al conducir aquí á mi sobrina, creo haberla proporcionado un excelente medio para recuperar el amor de su esposo. Os pido solo por toda cooperación que deis dentera al coronel.

Y cuando madame de Lansac le mostró al amigo del Consejero de Estado, la condesa sonrió.

—sabéis, por fin, el nombre de esa desconocida? preguntó el barón con aire resentido á la condesa en cuanto ésta estuvo sola.

—Si, dijo madame de Vaudremont mirando al Consejero de Estado.

Su figura expresaba tanta sutileza como alegría. La sonrisa que esparció la vida sobre sus labios y mejillas, el húmedo brillo de sus ojos, se asemejaban á esos fuegos fatuos que engañan al viajero. Marcial, que siempre se creyó amado, tomó entonces esa actitud en que un hombre se balancea tan agradablemente junto á la persona amada, y dijo con fatuidad:

—Y me querriais aun cuando pareciese tomar mucho interés en saber ese nombre?

—Y me querriais aun cuando, (replicó madame de Vaudremont) por un resto de amor no os lo dijese y os prohibiera hacer la menor demostración á esa mujer? Porque quizás arriesgaríais vuestra vida.

—Señora, perder vuestros favores es más que perder la vida!

—Marcial, dijo severamente la condesa, es la señora de Soulanges; su marido os levantaría la tapa de los sesos, si los tuvieseis.

—Ah! ah! respondió el presuntuoso riendo, ¿con que el coronel deja vivir en paz á quien le ha arrebatado vuestro corazón y queréis, que se bata por su mujer? Qué contradicción de principios! Os suplico que me permitáis bailar con esa dama. De paso podréis cercioraros del poco amor que para vos encierra aquel corazón de nieve; porque si el coronel lleva á mal que haga danzar á su mujer, después de haber sufrido que yo os...

—Pero ella ama á su marido.

—Obstáculo de más que tendré el placer de vencer á toda costa.

—Pero si es casada!

—Donosa objeción!

—Ah! dijo la condesa con amarga sonrisa, los hombres castigáis igualmente nuestras faltas y nuestros arrepentimientos.

—No os enojéis, dijo vivamente Marcial. Suplico que me perdonéis. Pues bien, ya no pienso en madame de Soulanges.

—Mereceríais que os enviase junto á ella.

—Allá voy, dijo riendo el barón, y volveré enamorado de vos como nunca. Os convenceréis de que la mujer más hermosa del mundo no puede posesionarse de un corazón que os pertenece por entero.

—¿Con qué es decir que queréis ganar el caballo del coronel?

—Ah! traidor, respondió Marcial sonriendo y amenazando con el dedo á su amigo, que sonreía á su vez.

En esto llegó el coronel, y el barón le cedió su sitio junto á la condesa á quien, dijo con aire sardónico:

—Señora, he aquí al hombre que se vanaglorió de poder alcanzar vuestros favores en una velada.

Y se alejó aplaudiéndose el haber sublevado el amor propio de la condesa y mortificado á Moncornet; pero á pesar de su sutileza no había adivinado la ironía de que estaban llenos los propósitos de madame de Vaudremont, ni se apercibió de que ella había dado tantos pasos hacia su amigo como su amigo hacia ella, por más que ambos no lo quisiesen. En el momento en que el Consejero de Estado se acercaba mariposeando en torno al candelabro bajo el cual la condesa de Soulanges, pálida y temerosa, parecía ser toda ojos, su marido apareció en la puerta del salón mostrando sus ojos brillantes y apasionados. La vieja duquesa, atenta á todo, se dirigió á su sobrino y le pidió su brazo y su carruaje para salir, pretextando un fastidio mortal, vanagloriándose para sí de evitar por este medio un escándalo ruidoso. Pero antes de partir hizo á su sobrina una señal de inteligencia, designándole al caballero emprendedor que se preparaba á hablarla, con cuya señal parecía decirle: —Ahí lo tienes; véngate.

Madame de Vaudremont sorprendió la mirada de tía y sobrina, y un súbito resplandor iluminó su alma; temía ser la burla de esta vieja dama tan experta y astuta en intrigas. —Esa pérfida duquesa, se dijo, quizás haya hallado muy agradable el darme una lección de moral, jugándome por su parte una mala pasada.

Ante este pensamiento, el amor propio de madame de Vaudremont se interesó más que su curiosidad en desenredar el hilo de esta intriga. La preocupación interior á que se entregó no la hizo dueña de sí misma. El coronel, interpretando en favor suyo el embarazo manifiesto en las frases y maneras de la condesa, se mostró aun más ardiente y solícito. Los viejos diplomáticos aburridos que se divertían en observar el cambio de fisonomías jamás, hablan hallado tantas intrigas que seguir ó que adivinar. Las pasiones

que agitaban á la doble pareja se diversificaban á cada paso en estos salones animados, representándose con otros matices sobre otros tantos rostros. El espectáculo de tantas pasiones vivas, de todas aquellas querellas de amor, aquellas venganzas dulces, aquellos favores crueles, aquellas miradas inflamadas, de toda aquella vida ardiente esparcida en torno suyo, no conseguía más que hacerles comprender más vivamente su impotencia.

El barón había conseguido por fin sentarse junto á la condesa de Soulanges. Sus ojos erraban como al descuido sobre un cuello fresco como el rocío, perfumado como la flor de los campos; admiraba de cerca las bellezas que de lejos le habían asombrado. Pudo ver un pié pequeño y bien calzado, medir con su mirada un talle esbelto y gracioso, pues en esta época era cuando las mujeres, á imitación de las estatuas griegas, desnudaban la cintura de ropas, precisamente bajo el seno, moda despiadada para aquellas cuyo entalle encerraba algún defecto. Marcial, al arrojar sus miradas furtivas sobre este seno, quedó encantado de la perfección de formas de la condesa.

—No habéis bailado ni una sola vez esta noche, señora, la dijo con voz dulce y aduladora; imagino que no será por falta de pareja.

—No voy á ninguna parte; soy desconocida aquí, respondió con frialdad madame de Soulanges que no había comprendido la mirada con que su tía la había invitado á mostrarse agradable para con el conde.

Marcial, hizo dar vueltas como por entretenimiento al hermoso diamante que lucía en su mano izquierda; los rayos lanzados por la piedra parecieron arrojar una claridad súbita en el alma de la joven condesa, que se encendió y miró al barón con una expresión indefinible.

—¿Os gusta bailar? preguntó el Provenzal, intentando reanudar la conversación.

—¡Oh! mucho, caballero.

Á tan extraña respuesta, sus miradas se encontraron. El joven, sorprendido del acento penetrante que despertó en su corazón una vaga esperanza, interrogó súbitamente con sus ojos los de aquella mujer.

—Pues bien, señora, ¿sería una temeridad el que me propusiese ser vuestra pareja en la primera contradanza?

Un rubor cándido encendió las blancas mejillas de la condesa.

—Pero, caballero, si he rehusado ya un bailador, un militar.....

—Sería por ventura aquel gran coronel de caballería que veis allí abajo....?

—El mismo.

—Pues bien, y qué? es amigo mío, nada temáis. Me concedéis el favor que me atrevo á esperar?

—Sí, caballero.

Esta voz revelaba una emoción tan nueva y tan profunda, que el alma indolente del Consejero se quebrantó. Se sintió acometido por una timidez de colegial, perdió todo su aplomo; su cabeza meridional se inflamó, quiso hablar y sus expresiones, comparadas con las réplicas animadas y finas de madame de Soulanges, le parecieron sin gracia. De pié junto á su bella bailadora, se halló más á su placer. La danza es para muchos hombres una manera de ser; desplegando sus gracias corporales piensan obrar más poderosamente que con su espíritu sobre el corazón de las mujeres. El Provenzal, á juzgar por la pretensión de todos sus movimientos y gestos, quería sin duda emplear en aquel momento todos sus medios de seducción. había conducido á su conquista al cuadro en que las más brillantes damas del salón ponían un empeño quimérico en bailar mejor que todas las demás.

Mientras la orquesta ejecutaba el prelude de la primera figura, el barón experimentó una increíble satisfacción de orgullo, cuando al pasar revista á las bailadoras situadas en las líneas de este formidable cuadro, se apercibió de que el tocado de madame de Soulanges competía hasta con el de madame de Vaudremont, la cual, por una casualidad (quizás intencionada), daba con el coronel el frente al barón y á la dama azul. Todas las miradas se fijaron por un momento en madame de Soulanges; un murmullo adulador anunció que era el tema de la conversación de cada caballero con su pareja.

Las ojeadas de envidia y de admiración se cruzaron tan vivamente sobre ella, que, avergonzada de un triunfo que parecía rehusar, bajó modestamente los ojos y se ruborizó, haciéndose con ello aun más encantadora. Solo alzó sus blancas pupilas para mirar á su extasiado bailaror, como si hubiera querido referir á él la gloria de aquellos homenajes y manifestarle que prefería el suyo á todos los demás; mezcló algo de inocencia en su coquetería ó pareció, más bien abandonarse á la ingenua admiración por la cual empieza con aquella buena fe que no se encuentra sino en corazones jóvenes.

Cuando se puso á bailar, los espectadores pudieron creer perfectamente que solo desplegaba sus gracias para Marcial; y aunque modesta y novicia en conducirse en los salones, supo, tan bien como la diestra coqueta, levantar los ojos hacia él en tiempo oportuno y bajarlos con una modestia fingida. Cuando las nuevas leyes de una contradanza inventada por el bailarín Trénis, á la que dio su nombre, pusieron á Marcial frente por frente al coronel, aquel dijo á éste riendo: —Te he ganado tu caballo.

—Sí; pero has perdido ochenta mil libras de renta, le replicó el coronel mostrándole á madame de Vaudremont.

—Y eso qué me importa! respondió Marcial; madame de Soulanges vale millones.

Al acabar la contradanza más de un cuchicheo resonó en más de un oído. Las mujeres menos hermosas *hacían moral* con sus caballeros á propósito de las nacies relaciones entre Marcial y la condesa de Soulanges; las más bellas se hacían cruces de semejante facilidad; los hombres no concebían la felicidad del Consejero de Estado, en quien no hallaban nada capaz de seducción, y algunas mujeres indulgentes decían que no se debían precipitar en juzgar á la condesa, pues las jóvenes serian harto infelices si una mirada expresiva ó algunos pasos graciosamente ejecutados bastasen para comprometer á una mujer: solo Marcial conocía la extensión de su dicha.

Cuando, en la última figura, las damas del cuadro hubieron de formar el molinete, sus dedos apretados los de la condesa y entonces creyó sentir, á través de la piel fina y perfumada de los guantes, que los dedos de la joven respondían á su amoroso llamamiento.

—Señora, la dijo en el momento en que terminó la contradanza, no os volváis á aquel odioso rincón, donde hasta ahora habéis enterrado vuestro rostro y vuestro tocado. ¿Creéis que la admiración es el único presente que podéis obtener para los diamantes que adornan vuestro blanco cuello y vuestras bien entrelazadas trenzas? Venid á dar un paseo por los salones y á gozar de la fiesta y de vos misma.

Madame de Soulanges siguió á su seductor, que creía que ella le pertenecería con más seguridad si llegaba á deshonorarla. Entonces dieron ambos algunas vueltas á través de los grupos que henchían los salones de la casa. La condesa de Soulanges, inquieta, se detenía un momento antes de penetrar en cada salón, y solo penetraba en él después de haber extendido el cuello para lanzar una mirada sobre todos los hombres.

Este miedo, que llenaba de júbilo al Consejero de Estado, solo parecía quietarse cuando éste decía á su temerosa compañera: —Perded cuidado, señora, *él* no está aquí.—Así llegaron hasta una inmensa galería de cuadros, situada en un ala del edificio, donde se gozaba además del magnífico aspecto de un ambigú preparado para trescientas personas. Como la cena iba á comenzar, Marcial condujo á la condesa hacia un gabinete ovalado que caía á los jardines, donde las más raras flores y varios arbustos formaban un soto perfumado, bajo brillantes colgaduras de azul. Allí iba á espirar el murmullo de la fiesta. La condesa se sobresaltó al entrar en él y rehusó obstinadamente seguir hacia dentro al joven; más, después de haber dado una ojeada sobre un espejo, sin duda que vio allí algunos testigos, puesto que de buen grado fue á sentarse en una otomana.

—Esta pintura es deliciosa, dijo ella admirando un fondo de azul de cielo, realzado por perlas.

—Todo es aquí amor y voluptuosidad, respondió el joven profundamente conmovido.

Á favor de la misteriosa claridad que reinaba, contempló á la condesa y sorprendió en su rostro, dulcemente agitado, una expresión de turbación, de pudor, de deseo, que le encantó. La joven sonrió, y esta sonrisa pareció poner fin á la lucha de los sentimientos que se disputaban su corazón; de la manera más seductora tomó la mano derecha de su adorador y le quitó del dedo el anillo en que se habían detenido sus ojos.

—Qué hermoso diamante! exclamó con la cándida expresión de una mujer que empieza á sentir el comecón de una tentación primera.

Marcial, conmovido por la involuntaria, pero arrebatadora caricia que la condesa le había hecho al despojarle del brillante, fijó en ella sus ojos tan relumbrantes como el anillo.

—Llevadlo, la dijo, en recuerdo de esta hora celestial y por el amor de.....

Ella le contempló con tanto éxtasis que él no acabó de hablar y la besó la mano.

—Me lo dais? dijo ella con aire de asombro.

—Quisiera ofreceros el mundo entero.

—¿No os chanceáis? Repuso con voz alterada por una satisfacción bastante viva.

—¿Y no aceptáis más que mi diamante?

—No me lo pediréis jamás? preguntó ella.

—Jamás.

Entonces se puso el anillo en el dedo. Marcial contando con una próxima ventura, hizo un movimiento para abrazar con su mano el talle de la condesa, cuando de repente ésta se levantó y con voz clara y sin ninguna emoción, le dijo: — Pues, caballero, acepto este diamante con tanto menos escrúpulo, cuanto me pertenece.

El Consejero de Estado se quedó aturdido.

—Monsieur de Soulanges le tomó de mi tocador, y me dijo haberle perdido.

—estáis en un error, señora, dijo Marcial con aire enojado; lo poseo de madame de Vaudremont.

—Precisamente, replicó ella sonriendo: mi marido me ha tomado este anillo, se lo ha dado, ella á vos y mi anillo ha viajado, helo ahí todo. Este anillo me dirá quizás todo lo que ignoro, y me enseñará el modo de agradar siempre. Caballero, añadió, estad persuadido de que, si no me hubiera pertenecido no me hubiera arriesgado á pagarlo tan caro; porque una mujer, dicen, corre siempre peligro al lado vuestro. Pero ved, añadió haciendo mover un resorte oculto en la piedra, aun hay en él cabellos de monsieur de Soulanges. Y se lanzó en los salones con tal presteza que pareció inútil el intentar alcanzarla; por otra parte, Marcial, confundido, no se halló con humor de proseguir la aventura. La risa de Madame de Soulanges había hallado un eco en el gabinete donde el joven provinciano apercibió entre dos arbustos al coronel y á madame de Vaudremont, que de todo corazón se reían.

—Quieres mi caballo para correr en pos de tu conquista, le dijo el coronel.

Gracias á su discreción pudo soportar el barón las burlas de que le colmaron madame de Vaudremont y Moncornet en aquella noche en que su amigo trocó su caballo de batalla por una mujer joven, rica y hermosa.

Mientras que la condesa de Soulanges atravesó el intervalo que separa la calzada de Antin (del arrabal) Saint Germain en que vivía, su alma fue presa de las más ricas inquietudes. Antes de abandonar la casa de Gondreville, había recorrido los salones sin hallar en ellos ni á su tía, ni á su marido, que se habían retirado sin ella. Entonces vinieron á atormentar su alma ingenua horribles presentimientos. Discreto testigo de los sufrimientos experimentados por su marido desde el día en que madame de Vaudremont le unció á su carro, esperaba confiadamente que un próximo arrepentimiento la devolvería á su esposo; por eso, y aun en medio de una increíble repugnancia, había

consentido en el plan fraguado por su tía madame de Lansac, y aun en aquel momento mismo creía haber cometido una falta en ello. Aquella noche había entristecido su alma cándida. Espantada en un principio del aire paciente y sombrío del conde de Soulanges, aun lo quedó más por la belleza de su rival y por la corrupción del mundo que le había oprimido el corazón. Pasando por el puente Real, arrojó los profanados cabellos que se hallaban bajo el diamante en otro tiempo ofrecido como prenda de un amor puro. Lloró recordando los vivos sufrimientos de que hacia tanto tiempo se veía víctima, y más de una vez se estremeció pensando en que el deber de las mujeres que quieren alcanzar la paz del hogar, las obliga á sepultar en el fondo del corazón, y sin exhalar una queja, angustias tan crueles como las suyas.

—Ah! dijo, ¿qué es lo que pueden hacer las mujeres que no aman? ¿Dónde está el manantial de su indulgencia? Jamás podré comprender, como lo dice mi tía, que la razón baste para mantenerlas en tales sacrificios.

Volvió á suspirar otra vez, cuando en esto su lacayo bajó el elegante escabel, de donde saltó al vestíbulo de su casa. Subió precipitadamente la escalera, y cuando llegó á su cuarto se sobrecogió de terror viendo en él á su marido, sentado junto á la chimenea.

—Desde cuando, querida mía, vais al baile sin mí, sin prevenírmelo? le preguntó con voz alterada. Sabed que una mujer está fuera de su lugar si, está sin su marido. Habéis estado singularmente comprometida en el oscuro rincón donde os sepultasteis.

—¡Oh! buen León mío, le dijo ella con cariñosa voz, no he podido resistir á la dicha de verte sin que tú me vieses. Mi tía me ha llevado al baile y ¡he sido tan dichosa en él!

Estas palabras desarmaron de su severidad ficticia las miradas del conde, porque se acababa de hacer vivos cargos al saber la vuelta de su mujer, informada sin duda en el baile de una infidelidad que él esperaba haber podido ocultar; y según costumbre en los amantes que se reconocen culpables, intentaba, quejándose el primero á la condesa, evitar su justa cólera. Contemplaba silenciosamente á su mujer, que en su brillante atavío le pareció más hermosa que nunca. Dichosa con ver sonreír á su marido, y con hallarle á aquellas horas en un aposento, donde hacia algún tiempo que acudía con menos frecuencia, la condesa le miró tan tiernamente que él se ruborizó y bajó la mirada. Esta clemencia excitó tanto más á Soulanges cuanto que esta escena sucedía á los tormentos que había experimentado durante el baile; él cogió la mano de su mujer y en reconocimiento la besó. ¿No se halla á veces reconocimiento en el amor?

—¿Hortensia, qué tienes en el dedo que tanto daño me hace en los labios? la preguntó él sonriendo.

—Mi diamante, que tú decías haber perdido, y que he encontrado yo!

El general Moncornet, á pesar de la buena inteligencia en que vivió con madame de Vaudremont, no llegó á casarse con ella, porque ésta fue una de las víctimas del espantoso incendio que hizo por siempre célebre el baile dado por el embajador de Austria, en ocasión del casamiento del emperador Napoleón con la hija del emperador Francisco II.

Julio, 1829.